Tomo 8

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 19

SAN JOSÉ, COSTA RICA **1924** LUNES 28 DE JULIO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

EMILIO ZOLA

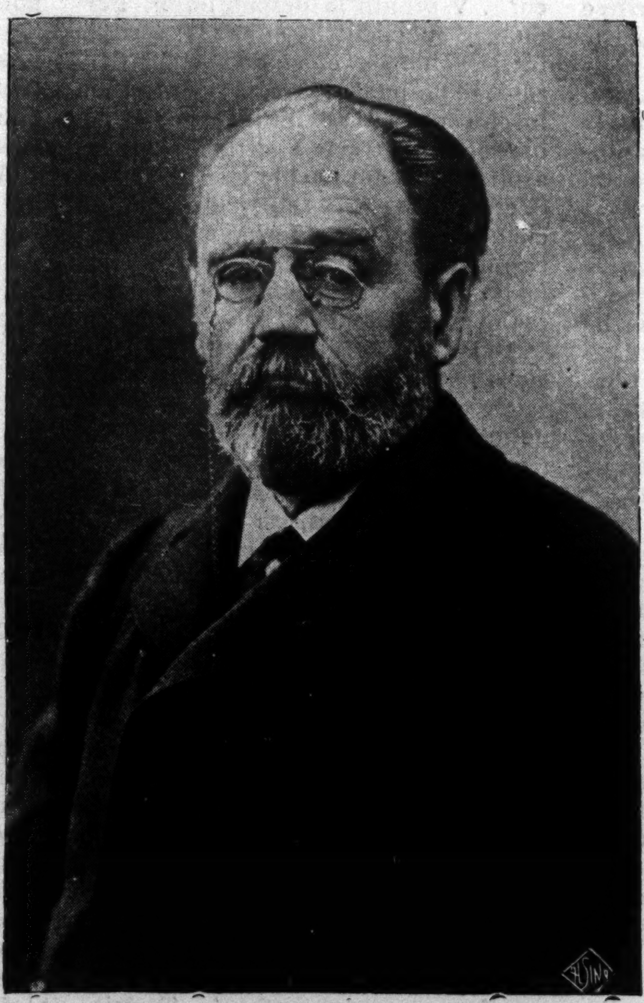
Por LEOPOLDO LUGONES

No el lamento; no la protesta contra el destino; la compunción, menos aún; el panegírico, no tampoco. Antes una conformidad severa, que no excluya al análisis por prematuro ni a la misma condena si fuere menester—una severa conformidad sobre esa tumba cuyo epitafio afirma *Verdad* y cuya bóveda inconclusa dice *Justicia*.

La manera mejor de honrar al gran muerto es imitarle en su sinceridad, acorazarse con su criterio y acendrarle en su propio crisol, como que se está seguro de encontrar en el fondo metal de estatua. Extraigámosle sin pena el exceso de estaño, que es quizá necesario contrapeso en la insegura condición humana, y quede sólo la noble liga, aunando en su artística estructura, la solidez del bronce con la pureza del cristal.

Tratándose de un combatiente, nada extraño si se oye estruendo de armas a la vera de su sepulcro. Bueno si los de su facción le conmemoran con un simulacro bélico. Mejor si los de la otra divisa proponen tregua mezclando su lealtad a su laurel. Así pasa, y aquí hemos venido, entre otras cosas, para salvar la dignidad intelectual de la Nación, cumpliendo nuestro deber, los que le admiran maestro, los que le aman apóstol, los que le respetamos varón; y sólo faltan—y su ausencia como la de una sombra esclarece el homenaje—aquellos para quienes tumbas ilustres son losas de empedrar; los que en la muerte germinan como en gorda tierra, sin claudicar un odio, sin mellar un rencor, aun ante el genio irrescatable de la Eternidad, sintiéndose aborígenes en el reino de la muerte.

Este tributo puramente—y digamos también significativamente—cívico, es protesta viva contra la fuerza bruta del militarismo y la fuerza ciega de la fe. Nuestro ideal de modernos es ante todo racional y pacífico, y cada uno de los actos con que lo ratificamos acelera el derrumbe de esas dos columnas del improperio, que así sirven para picotas de redentores, como de estribos a esta sociedad dulcísima, donde los afectos fraternales se exteriorizan diariamente con exhortaciones de rifles perfeccionados y réplicas de dinamita o de puñal.



EMILIO ZOLA

1840-1902

El domingo 15 de junio de 1924, se inauguró en París el monumento a EMILIO ZOLA, obra de Constantin Meunier, en el cruce de la Avenida Emile-Zola y la rua Violet. Con este motivo, el presente homenaje del REPERTORIO AMERICANO al apóstol de la Vida al ejemplar ciudadano de la República del Bien.

Los humildes, los oprimidos que tienen razón siempre hasta en sus desvaríos, imputables como es justo, a sus tutores, cuanto más absolutos son, esos dominan hoy el escenario y es forzoso ocuparse de ellos, ora como los de arriba, para domarles con el hierro acaso, acaso con el beleño narcótico de su caridad; ora como los amigos del bien, para descubrir y dinamizar en esa oscura masa latencias de inteligente energía—al modo de quien resucita en un pedazo de carbón la luz de los soles prehistóricos—formulándole con anticipación generosa su ideal en una asunción de concordias.

Sin querer he trazado el bosquejo de la obra de Zola, tal como yo la entiendo. En efecto, ¿qué la ilumina desde el principio al fin?: es la predilección por los humildes y los oprimidos; primero implícita en la frialdad formal del análisis; luego expresa ya en páginas donde canta la tierra entera hasta por la boca patibularia de sus minas; y remachada finalmente por su acto heroico como un clavo en la frente del Polifemo burgués.

El pueblo, la canalla muda y fecundísima como los peces, no había tenido aún sus libros. Apenas si Hugo los preludió con esa su caritativa preferencia hacia los deformes y los grotescos cuya doliente arcilla llenara de alma en sus antítesis ya célebres. Zola, más humano, analiza la deformi-

dad interna; la impersonaliza por la anterioridad de los factores que concurrieron a suscitarla; determina en el árbol genealógico la torcedura radical que sorprenderá mañana con la rareza de una flor y lo inesperado de una espina; sigue por el camino real, por la acera, en el bufete, en el mostrador, al sujeto perfectamente vulgar, que es centena en la villa y millón en la metrópoli; y bajo su cartón descubre negruras de odio como para eclipsar soles, tesoros de dolor como para hartar deidades, y primaveras de amor lujosas en lirios; pues doquiera que hay un hombre hay un amor y un dolor seguros, y donde están ésos, están la luna y el sol del cielo del espíritu.

Allá el rasgo externo es secundario. Tal ojo muy azul, en contraste con tal cabello muy negro; tal mandíbula denunciadora, tal luminosidad histérica de la palidez, son otros tantos postigos entreabiertos sobre el limbo moral. Pero siempre, en el canalla y en el héroe, en el inmoral y en el virtuoso, en el idiota y en el genial, la fatalidad atávica serpenteando aquí turbia y allá clara, como un arroyo que fuese, vuelta a vuelta, tripa de cloaca y arteria de pradera.

Esa lógica atormentada por su propia inflexibilidad es la falla de la obra. La premisa, en su forma autoritaria y excluyente, se impuso tal vez como fundamento; pero extraerla no equivaldrá a destruir el edificio que, una vez alzado, encuentra en la correlación de sus partes una nueva estabilidad. No; la misma ciencia ha rechazado esas fatalidades hereditarias, y va en camino de relegar también esa pretendida igualdad entre el bueno y el malo, sólo aprovechada por éste, siendo sofisma el argumento que la induce de la identidad original.

El atavismo, aun ayudando el medio, no alcanza a explicar todas las semejanzas, y aquellos a quienes mortifica la hipótesis de un móvil espiritual, deberán revestirse de paciencia por ahora.

La química no ha tropezado ni con un miligramo de pensamiento en la síntesis de cualquier glicerina; y ni siquiera el piteco antecesor asoma por entre el laberinto de la filogenia su faz bufona y bestial, para certificarnos un abolengo de caricatura.

Fué la falla de la obra enorme aquella lógica, pero el maridaje entre ciencia y arte fructificó. En principio, Zola se propuso únicamente estudiar el desarrollo de un hecho en un medio determinado. Las documentaciones de que Balzac y Flaubert se armaron por probidad intelectual, servirían también a Zola para la aplicación de un principio científico. Ello afirmaba un progreso sin duda, pero no una originalidad, sino de hecho, pues en teoría Stendhal lo había augurado ya. Lo importante era que esa impasibilidad estudiosa disimulaba un saludable amor. Zola exponía en plena luz la desnudez del gran miserable, rascaba la inmundicia plebeya y aún se gozaba en esto, arrastrado, sin duda, por su encarnizamiento de combatiente, siendo el entusiasmo un exceso de por sí; rodaba sus parejas de amantes en las eras escandalosas de sol, y sobre las mesas de repasar; afrontaba con la misma entereza los hedores del lavadero en *L'Assommoir* y el delirante invernáculo de *La Curée;* sin que la rigidez del disector enmascarara siempre sus ascos y sus indignaciones, pues el hombre de *Mes Haines* no era de los que llevan la lengua en la boca como un estoque en un bastón.

¡Oh, y cuál se puso a ladrar entonces la trahilla de las buenas costumbres! ¡Cuán furiosas salieron de sus epítomes la Moral y la Urbanidad, como las hormigas de sus montoncitos de tierra! ¿Adónde iba ese goloso del pantano? ¿Buscando qué trufas clandestinas hozaba el suelo ese verraco?... Y pronto la descubrieron. Formábase su clientela el avaro; escupía intestinalmente el envidioso las alturas que no podía alcanzar; pervertía a los jóvenes el mal ciudadano; el cobarde no se atrevía a opinar sobre las aspiraciones del pueblo que describía; el crápula, el miserable, el... ¡Santo cielo! ¿Ha de extrañarnos aquel sapo cuotidiano por desayuno, si el escritor podía agregar cómodamente dos víboras por merienda?

Mejor se quería argumentos de príncipes incógnitos, que se casan con paradógicas chalequeras en desenlaces de matrimonio legal; las novelitas decentes, aunque no escasas de pimentón, eso sí; los adulterios vergonzantes, los besos al soslayo, las alcahueterías ingeniosas, rematadas con postdatas de nueve meses...

No obstante, esa mogigatería de solteronas, esa pudibunda mediocracia que en series iguales dispone sus ideas y las latas de su almacén, no tenían por qué alarmarse en rigor. Las novelas de Zola, como que son de tesis, llevan todas al final el pie forzado de una moraleja; y esto lo ha hecho notar el novelista en su prólogo de *L'Assommoir*. La moral en acción, el diagnóstico que es el principio de la cura, forman sus explicaciones. A mi entender esto comportó una debilidad, cuyo ningún resultado prueba, cuando menos, su ineficacia. Traicionó, además, una vacilación del método experimental preconizado para la novela, pues el investigador se preocupaba de lo que iba a hallar. Por otra parte el escándalo no residía en la tesis. Lo que en ella encolerizaba era la aparición de la Miseria, ese crimen social lanzado al rostro de los criminales. ¡Cómo no habían éstos de aullar, desollados por tan brava lejía!

Fué la miseria azote, la miseria horrenda lo que airó; pues en cuanto a la Verdad, todos la quisieran desnuda, sin perjuicio de encontrarla deshonesta cuando exhibe su vengadora desnudez.

Definida su originalidad, Zola no reculó un paso en el intento. Nada era arrojarse, lo difícil consistía en perseverar. Desde el hambre hasta el ultraje, no desconoció amargura bajo el sol. Mas la rueda de la Fortuna es amolador que afila y bruñe, y esos caracteres petrificando con su contacto al cieno, lo vuelven mármol para hacerlo digno de su cincel.

Poco a poco sus protagonistas se impusieron, tomando sitio en la colmena, y entonces llegó el momento de examinar su calidad. La línea que les perfilaba no constituía un modelo de burilado; sus caracteres no resultaban de un cuño superior; la impresión ante todo, era de conjunto.

Esos cuadros que no resisten a la ponderación del detalle, revelan, por lo mismo, algo de inconsistente. La producción febril, a novela por año, basta para explicarlo quizá, así justifiquen al novelista tiránicas exigencias explotadas por su editor.

Además hay otra causa no menos importante. Los personajes de Zola son símbolos, puesto que encarnan argumentos de sociología o de moral. Este, representa la degeneración obrera en un ambiente homicida, donde sólo son alcanzables, por lo baratos, los Paraísos del alcohol; aquel, la prostitución, rediviva eternamente en sus Lernas mefíticas; otro, el sacrilegio de amor que venga a la naturaleza violentada; y todos revelan, siendo tan naturales en el orden existente, por la monstruosa sedición que éste implica, la posibilidad de una armonía futura.

No hay sino ellos que puedan encarnar este principio y lograrlo, pues cuentan con la fertilidad, siendo el lodo. Lágrimas de esclavos, tribulaciones de menesterosos, ruegos de solitarios, contriciones de prostitutas, fueron en todo tiempo riego y simientes de ideal, y éste el perro de ciego que los pobrecitos y los lamentables llevan de lazarillo, cuando fama, placeres, compasión, afecciones, dejan al ausentarse campo libre para que la esperanza reine como un astro sobre el desierto.

El escritor, acostumbrándose a la mugre, abusó de ella. Al respecto hay páginas injustificables, y para ejemplo puede servirnos aquella última de *Naná*, en la que ésta aparece muerta de viruelas, encuadrando su cabello

en fluviales oros la infecta llaga de su faz. ¿Arbitrio efectista, es decir bajeza de arte, o complacencia de escatólogo como le han motejado?... En todo caso, esas porquerías adrede repugnan sin atenuación.

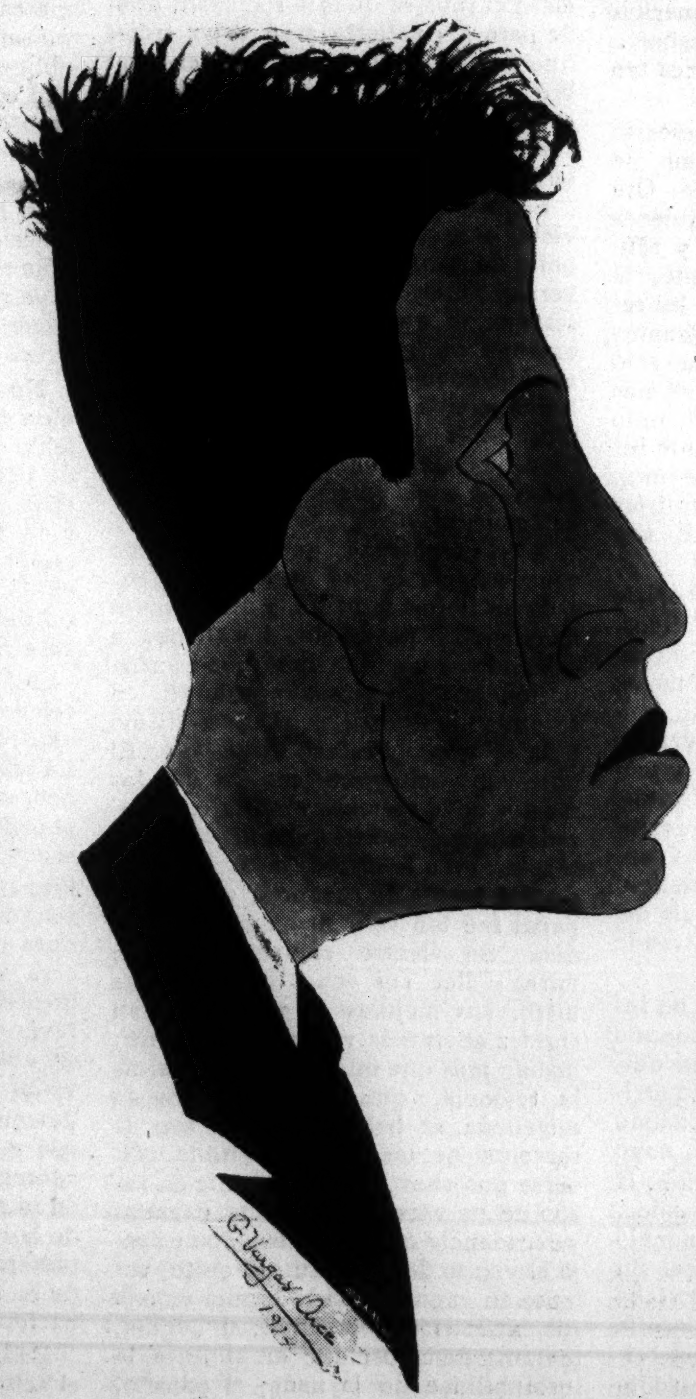
Que muchas veces hubo de inmolar a la misma Belleza en su yunque, es evidente. El, que la adoraba en la fecundidad del mundo, en la perpetuidad de la vida, con todas sus misericordias y todos sus fervores, la sacrificó a sus enfermos, a sus miserables, en una como fanática devoción; y es cosa de inclinarse conmovido ante esa ternura furiosa que no vacila en encanallar al arte mismo, para tirarse a cierra ojos en la zarza ardiendo de su fe.

Pues su entusiasmo es todo ternura; ternura enorme, de esas que, como el firmamento, tiñen océanos sin agotar su azul. En el fondo de las más sombrías desesperaciones, en el tugurio donde a contrapunto se encarnizan la miseria y el frío, en la misma catástrofe, en la orfandad, en el abandono, en los páramos de la ciencia exclusiva, nunca falta la limosna de amor, ofertada por los labios amigos de la mujer, Jardín de las Delicias donde se olvida las penas y la Patria.

Entre semejantes rasgos hay uno supremo. El hombre de la mina, el nihilista de *Germinal*, que vive encovado en sus principios como una fiera en su breña, tiene un amor. No alcanza a tanto como una mujer, porque es tímido más que un adolescente aquel inflexible. No se alza hasta pretender un amigo, porque su soledad es árida como el cuarzo. No llega siquiera al apego de una de esas viejas, cuyas grimas triviales se suman a los grandes dolores en una como afición de animal doméstico, porque en la totalidad de su miseria esto fuera pompa insolente. Ni se permite el lujo de un expósito, ni la opulencia de un perro que le lama las manos. Su amor es una coneja desmirriada que los muchachos suelen apedrear. En ese saco de carnaza, que no sabe expresar sino el miedo con sus orejas largas y sus ojos estúpidos, ha depositado su afecto el triste. Es perseguida y la defiende, es tímida y la acoge, y circunstancia que la hace aún más querida—es fea.

Cuando le abstrae la nostalgia, y en la humedad errabunda de sus ojos vacila un paisaje natal, su pecho se desacerba al contacto de aquella animalidad que duerme en sus brazos, y la tristeza, sin disminuir por esto, flota en su espíritu como una endecha nocturna...

Un día los pilletes matan al animalucho, y eso coincide con el fracaso de los compañeros cuyo alzamiento ha tomado por decisiva reivindicación: con el triunfo de la bestia capitalista, la mina tenebrosa que seguirá tragándoles. Imagínase uno aquella desolación de padre, cuyo dolor ante el parvulillo moribundo, se trueca en resignado despecho, protestando la fatalidad con esas palabras brutales que los hombres mascullan para no llorar:



ANTONIO ZELAYA

(Visto por VARGAS ARCE).

—Mejor!... qué diablos!... que es muera!...

Después, ya no queda sino la voluptuosidad de destruir, desatando el subterráneo diluvio en vorágine de tinieblas y de agua. Destruir y desaparecer hecho cosa, extraño para sí propio como el cadáver de un desconocido, pues de tal modo elevan y deprimen esas fraternidades del dolor. Yo no he hallado nada parecido, de no ser aquel poema hindú, donde el héroe prefiere su perro fiel a la morada de los dioses.

El panteísmo del escritor, así manifiesto, determina también su estética. El himno del esfuerzo creador, que niega a la muerte, revibró en sus labios. Un soplo de áspera caridad y fiera ternura, aventó en su curso confortantes aromas, inaugurando una especie de épica singular, menos serena que la clásica y menos conmovedora que la romántica, pero igualmente colosal y más vibrante que ambas, por ser mayor en profundidad y amplitud su concepto de Belleza.

En efecto, a ser la vida un río—«el río de la vida», según el antiguo símil—la primera épica lo miró desde la orilla; la segunda lo bogó en versátil góndola; únicamente la tercera se sumergió en sus aguas, forzó las esquiveces de la onda, más femenina aún que la Inconstancia de Shakespeare; revolvió los limos del fondo, el hormigueo de sus larvas; puso a modo de levadura su sudor en esa promisión de vegetaciones, con los brazos sucios de crear—así el númen de las fraguas batiendo el cósmico broquel—hasta trocar esos fluidos en una flor de sangre pura, culminante a despecho de toda adversidad sobre los Capitolios de su esfuerzo. Aquello fué la eucaristía de la escoria.

Ya dije que en la obra de Zola las impresiones son de conjunto ante todo, pues se trata, ante todo, también, de un descriptor. Aparte la fórmula científica o humanitaria que compone su núcleo, es casi inútil buscar ideas allí. Su psicología es mediocre o subalterna, su poesía una sucesión de cuadros inmensos. De aquí su facilidad para mover multitudes, su descendencia de mil doscientos Rougon Macquart y otros; su abundancia épica, que exige monumentos de lencería como otras tantas Babilonias, en

una vulgar exposición de tienda, donde, al resplandor eléctrico, gasas y batistas son lurtes y carámbanos, cuya profusión sugiere las falacias espléndidas de un claro de luna polar.

Su estilo, crespo de adjetivos, denunciando siempre la acelerada composición del periódico, redunda en fuerza de marrar el rasgo preciso; no siendo éste el inconveniente menor que aparejan tales visiones panorámicas, cuya grandeza estriba mucho en lo vago de la perspectiva. Describiendo emociones es lo mismo que pintando: flotante por exceso de amplitud, o vulgar por minuciosidad de inventariador. Su ingenua solemnidad se garantiza por la ausencia de ironía, ponzoña ligera que acidula al estilo sin agriarlo, así como suele requerirse una araña en la ración del ruiseñor... Fáltale del todo este jugo cítrico tan enteramente francés.

Romántico, no obstante la escarapela realista, su sentimentalismo no retrocedía ni ante lo artificioso. Ora son los primos enamorados a quienes separan rencillas de parentela, y reune, a pesar del muro inclemente, el pozo medianil que en su agua les refleja. Ora es el tendero que gimotea de amor por su oficiala, a la cual vejó una cliente rica. Y la analogía va más lejos; es retórica también. Cuando Naná cae en brazos de su amante infantil, ante los campos llenos de luna, aquellos matorrales que parecían islas de sombra en lago de claridad, son del Chateaubriand de Atala...

La culpa, el crimen, suelen salirle de igual modo, un poco decorativos. Bien lejos nos hallamos con él de un psicólogo del mal como Poe, como el viejo Barbey, su enemigo; de un confitero de Citerea, como Swinburne o Mendés. Sus personajes matan y violan con irresponsabilidad de brutos. Nuevo argumento contra su pretendida depravación, puesto que las conclusiones se ajustan a la más meticulosa pedagogía: provocar el desvío del mal pintándolo horrible y mostrando sus consecuencias...

El sistema es tan pobre, que no influyó sino fugazmente en el mundo intelectual, pues la sola potencia descriptiva no funda escuela, siendo atributo incomunicable. Engendra cuando más una pululación de rápsodas, cuyo mimetismo servil es, por definición, la cualidad del títere. Así, ese creador, ese poeta de la fecundidad, manejó toda su vida una recua de mulos. Su musa fué conyugal; no se acostaba más que con el consorte. Su filosofía nunca pasó de las vulgarizaciones brillantes de Pelletan Más que estudio científico y social, la obra salió poema. Nuevo rasgo de semejanza con Hugo: gran escritor, pensador mediano. Ambos reyes sin sucesión, porque sólo el pensamiento es prolífico.

Sin sus vestiduras imperiales, Zola sería un concienzudo mayordomo y Hugo un diputada radical. Con aquellos ropajes, el primero es un pastor de Amalteas, y el segundo un *leader* de la extrema izquierda de Dios.

Un cazador de fieras pretende que los leones son zurdos. Pero no en vano se nace león, y ya veremos si éste era o no ambidextro de garras.

Hasta aquí sobresalía el literato; ahora va a predominar el apóstol. Su obra, fácil al estudio como una pirámide egipcia, por la unidad de su composición y la regularidad de los bloques en que está vaciada, no sería un estéril alegato. Había puesto en claro el reverso de esta sociedad, donde para avituallarle a su vejez trojes que ésta no ha de tocar, debe el hombre pasarse sacrificando temprano cuanto en él es gracia, entusiasmo y amor, a modo de una abeja solitaria y tardía.

Sociedad destinada fatalmente al vicio, porque sus placeres son monopolio de la impotencia, fuente de perversión; plutocracia cuyo apetito de fortuna, asequible a cualquier pirata, excluye al heroísmo y desprecia al genio, reduciendo los dominadores a a una gavilla de rentistas esféricos y mozalbetes de unto, egoístas como todos los satisfechos, insolentes como todos los advenedizos de la estirpe o de la virtud.

A este fenómeno, que es la última consecuencia de una organización basada en la fuerza bruta, y de un culto de muerte y de miedo, los aliados, a sabiendas o no, del daño cuya extirpación se proclama, opusieron en fórmula homeopática el patriotismo y la religión. Fracasó el ensayo. El odre viejo avinagraba con su hez los mostos de la reciente vendimia. Honradamente el escritor abordó este problema. Pero la piscina de Lourdes no resultó fuente de Juvencia, y la Roma papal fué tan sólo una momia faraónica. Su vientre embalsamado con mirra y áloe, sus venas inyectadas de nitro, sus mejillas al vermellón, su rigidez encintada y compuesta no formaban más que un simulacro. Detrás la teología, que fuera su bóveda estrellada, se había invertido con la rotación de los tiempos, hasta volverse una sima, más resonante en razón de su vacuidad. Ruinas paganas y decadencia católica, mismo polvo bajo el viento del espíritu. El culto, volante en vago que nada regula ya con sus excéntricas rotaciones; el dogma, teorema de ceros, que en sí lleva la insolubilidad de la nada; el papado, grandiosa ilusión de autoridad que está enterrándose en pie como un monolito en la arena.

Precisaba una fórmula más moderna y el escritor proclamóla entonces. Ante un mundo sustentado por las dos milicias de la Muerte, la negra y la roja, el apóstol de la Vida concretó su credo de salvación por la fecundidad y de redención por el trabajo. Como en contraste a la familia de enfermos y degenerados que le sirviera para describir en todas sus faces la sociedad presente, creó la familia nueva, la célula social del porvenir, nacida del amor y con el amor formada, triunfante por el amor, fuerte en el amor, a semejanza de un próspero huerto donde abunda para la hormiga y para el amo.

No fué entonces una inclinación malsana al pudridero, una cortesía mercantil hacia la turba lo que le impulsara; y ante sus últimas obras, obliga a la convicción aquella sinceridad con que dijo tantas veces lo doloroso de su perseverancia. Prudente, no pronosticó hasta poseer todos los elementos de su diagnóstico, sin excluir por remotas las posibilidades de reacción en el organismo afectado. Sólo entonces manifestó su creencia, y ya profético planeó la familia nueva, como luego había de alzar frente a la Ciudad antigua, la Ciudad futura.

No bastaba lo existente, que siendo obra de la opresión conservaría indeleble su tizne. Apremiaba el hallazgo de tierras vírgenes, así se luchara en ellas con la doble hostilidad del suelo y de los hombres embrutecidos por la esclavitud. Serenidad, constancia y entusiasmo conforman la triple radical del elixir de vida, a cuya virtud surgirá la Ciudad dichosa.

Así la obra de Zola, cíclica por excelencia, es, dentro los últimos cien años, la más firme y la más valerosa. La más firme, por su concepto científico, siquiera erróneo; la más valerosa porque se desenlaza con una fórmula social, a la vez distante del difuso humanitarismo y de la invención puramente imaginativa. Como Hugo, cuya similitud se me impone por tercera vez, Zola se ha manifestado progresivo hasta el fin en sus ideas. Al revés del hombre común, que debe ser liberal a los veinte años y conservador a los cuarenta, para que no se desconfíe respectivamente de su corazón y de su cabeza, conforme a cierto apotegma británico—esos no pararon en la ascensión, no sintieron la asfixia de las tierras volcánicas adonde les precipitó la lucha, fuera una el cráter de la *Commune*, otra la solfatara del nacionalismo.

Faltábale en verdad a esa campaña, el acto que confirmara su abnegación. El paladín intelectual de los pequeños y de los míseros, ya con su botín de gloria completo, recién regresado de

la batalla, no se satisfizo aún y emprendió el rescate de una víctima.

Por vez primera iba a ponerse en contacto con la bestia biforme, en cuyos flancos restallara su látigo famoso, para arrancarle a medio tragar la piltrafa. ¡Ah infierno el de ese israelita lamentable, especie de encrucijada donde se habían dado cita los bandidos del sable y los malhechores del espíritu! Zola no les temió, y metió hombro a semejante ruina. Tarea enorme, pues allí andaba el honor de la Francia, contemplado con asombro por las Pirámides. Entonces se vió una conjuración de dos cosas que no son francesas: la injusticia y el miedo. Entre la pérdida del honor y la tranquilidad del ejército, se prefería ésta. Una Pavía al revés, mandada por generales embusteros. Dreyfus podía ser, si se quiere, el perro de Israel aplastado por congénita infamia, pero le ennoblecía el martirio. Y su salvador encontraba horrible que un hombre, uno siquiera, padeciese injustamente por la Francia. Querían la ignominia para Dreyfus; pero este ingrediente tampoco era francés.

El pueblo callaba u ofendía. El gobierno meditaba, ante un posible fracaso, el mezquino indulto. En torno, el rencor reaccionario desahogaba su vinagrera. Mientras el pólipo nasal del beato, destilando sus atriciones, y la baba ferviente del clerófobo se amasaban en un solo sinapismo, aislábase al escritor como a un sarnoso. Pues entre todas tus desventuras, pobre judío, tuviste la de hartarte de puerco, a pesar de tu propia ley!

Zola, que había descendido de la altura para encarnar el espíritu de su obra en un protagonista de carne y hueso, se encontró con sus enemigos doctrinarios convertidos en hombres de acción. Entonces sí le escupieron y befaron, y tendieron su reputación en parrillas, como para que pudiera decir a sus caníbales recordando al San Lorenzo de la leyenda: *Assatum est jam; versa et manduca!*

Ya no era el cambista de su propio talento, sino el enemigo del orden; ahora se tornaba héroe del populacho, el egoísta sin entrañas de ayer. Cuando eminente, la soledad y el desprecio; la calumnia cuando llano. Abájate, monte, y te pisotearán las cabras; acrece tu altura, y te envolverá la nieve...

Triunfó con Zola la justicia, triunfó en Zola aquel espíritu francés, especie de luminoso meridiano por el cual se orientan las aspiraciones del mundo. Queda para cuantos se sientan capaces de una noble acción, ese estímulo, precioso como nunca en este momento de escepticismo burlón que encubre un ardid reaccionario. Asechanzas y tretas, a modo de siniestros roedores, no son para con los anhelos humanos. Justicia no es una locución apenas apta para empenachar filípicas, pues de su hambre y su sed han padecido generaciones.

Fraternidad es con Libertad e Igualdad, uno de los tres sacramentos del pueblo. Y Verdad es oro potable para los desheredados y los excluídos.

¿Será, entonces, mejor raer hasta la carne el muñón de ala que está pujando por advenir, abandonarse proclamando la perennidad de la mentira y de la fuerza? Para conquistar Eldorados, no sino esos Quijotes, que incandescentes de bravura, acometen al vestiglo y se despedazan en sus fauces, sosteniendo a pesar de todo, perdidas ya la sangre y la armadura, su empresa por la más ilustre y su ideal por el más bello.

Ni les averigüeis a cuánto sale cada mandoble, o a peso de qué tasarán sus rescates. Vedles, y decidme si la grandeza no va a su zaga, cuando ya endosan el arnés, y puestos los ojos en su molino enderezan para las aventuras, que por presea han de darles tan sólo, sobre el estacazo del yangüés una jofaina de barbero.

Así ese grande, aun sin conseguir victoria, nos admirarara lo mismo; que habiéndola alcanzado, poco es si le aplaudimos como a héroe. Nadie en la república intelectual superó su constancia; ninguno igualó su energía; ni el más fuerte le sobrepujó en audacia. Enemigos como los suyos, nunca tan encarnizados ni temibles; al extremo de que con el primer estupor causado por su muerte, brotó una sospecha trágica.

... Proyectar un gas a través de un muro, no es cosa imposible desde el experimento de Pettenkofer...

Intencionada o no, su muerte en plena luz y en plena lucha, ha sido la de un verdadero evangelista de la humanidad. Ya habéis visto, señores, que yo no soy de sus fanáticos. Su obra me impone sin subyugarme, su estética me parece inferior, su positivismo no me arrastra. Mi admiración finca en ese coraje soberbio para darse a una empresa de años y realizarla, sin traicionar un instante su dignidad, así la calumnia se prevaliera del silencio que la constituía, para zaherirle con su encono más soez; finca en esa pertinacia que juega el reposo, la gloria, el bienestar, más querido cuanto más difícilmente alcanzado, en el azar generoso de reivindicar una honra hundida al peso de quinientas mil culatas; finca en esa bella infracción del prejuicio, que arremete con falsedades y tradiciones y se las lleva de calles, poniendo al potro a la humanidad misma, para sajarla hasta el hueso, y revelarle en sus propias entrañas las palpitaciones de una vida superior.

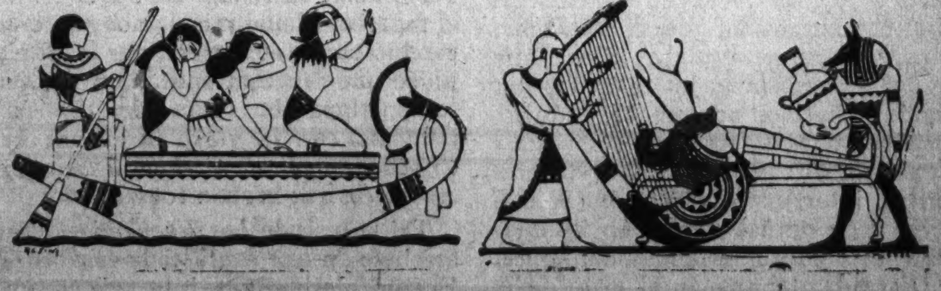
Combatiente, erigiéramosle su túmulo frente al mar, para asombro de los navegantes venideros, según la prescripción homérica. Pero mientras se aprontaba la pira fúnebre, sacrificáramos a sus manes víctimas: *verbi gratia* ese cleriganso de la reacción, o aquesta ministerial sota de espadas, que sueña con imponer al mundo entero, como si fuese un rebaño de su marca, el trasquilón infamante del cuartel; y juráramos por último no descansar en la lucha, hasta libertarnos de esas prestigiosas barbaries que son cepos furtivos en la ruta de la Verdad.

Ejércitos barreando el porvenir, cleros encarcelando la conciencia, no pueden ya con el ideal, que si es evidente como la luz, es como ella inmaculado e infrangible. Con el ideal que siendo luz él mismo, brilla en la propia lámpara del templo cerrado, y se filtra por entre las bayonetas, como a través de un bosque para el cual llegó el Otoño...

Ese gran muerto ha constituído a la humanidad en albacea de su esperanza. Y es ésta lo que ha de permitirla imaginar, en una gloriosa epifanía, el orto de ese Sol del porvenir, cuyos primeros rayos quizá alcancen a embellecer nuestras canas.

LEOPOLDO LUGONES

NOTICIA: *En 1902, en el tributo cívico argentino a Emilio Zola, pronunció Lugones este discurso estupendo.*



ZOLA

En las ciudades del mundo más de una bandera roja tremolará hoy a media asta. Si las naciones esclavas *deben festejar* el onomástico de sus tiranos, los pueblos libres no deben olvidarse de conmemorar el sacrificio de sus redentores.

Hace un año, día por día, que un trágico soplo apagó la existencia de Emilio Zola; soplo misterioso, venido de la sombra y cuyo origen en la sombra queda.

¿Fueron las zarpas de aquella misma mano negra qué ha estrangulado a tantos propagandistas de la verdad, las que se hincaron también en el robusto cuello de este indomable luchador?

La mano negra pertenece indistintamente a dos poderes que eran irreconciliables enemigos suyos desde que, obteniendo la revisión del proceso Dreyfus, destruyó la infalibilidad del uno, y echó por tierra los milagros del otro, demostrando, con la ciencia, que sólo la sugestión puede obrar sobre los peregrinos de Lourdes.

De allí databa el crujir de dientes y el crispar de puños. Ya con *La Debacle*, y *La Conquista de Plassans* tenía sobre aviso a los poderes funestos, que si entonces no le hicieron enmudecer, era porque buscaban oportunidad propicia. Estaba demasiado en espectación y fué preciso que la más densa noche los amparase. Sellaron su labio cuando iba a salir de él una invocación a la *Justicia* pero no antes que, a su grito de *Verdad* la Francia se alzase y, empuñando el látigo, arrojara de la casa del Señor a los mercaderes, expeliera de sus gimnasios de deformación a los jesuitas de la rue Madrid o a los lazaristas de Neully, y de su manufactura a los cartujos de la Chartreuse. ¡Sacrilegio horrible! Repechad de noche, a pie y solos, esos contrafuertes occidentales de los Alpes y ante la mole amenazadora de la desierta abadía sentiréis estremecerse vuestra alma de católicos. La destilería duerme, hornillos y estufillas yacen apagados. La refinería no sale de su estupor, peroles, retortas y serpentinas, rectificadores y pesa-licores, probetas y pajillas yacen en los vasares. Y el baptisterio en que se bautizaba, el coro en que se rotulaba, la sacristía en que se embalaba, los claustros por donde se hacía el acarreo, las inquisitoriales bodegas, sueñan reivindicaciones futuras evocando apogeos pretéritos. ¡Horrible profanación! Solo el polvo y las arañas ofician en los altares viudos y los huérfanos alambiques.

Descuidando que en el cielo de la gloria el fin terrenal es apenas un celaje, se había creído matar a Emilio Zola. Olvidóse que a la muerte la anula el genio en cuya obra el espíritu vencedor alienta inmortal, y, he aquí cómo sus libros acarrean estos resultados póstumos. ¡Anatema! ¡Aunque sea sobre su indestructible memoria y su obra imperecedera!

Sí; ha sido inútil que lo detuviesen en plena labor y en plena fuerza! Inconclusa y todo, su magna tarea era titánica ya y, lo que pudo completarla, aquello que escamoteó la sombra, lo forja desmesurado nuestra imaginación, del mismo modo que prolonga hasta lo infinito la altitud de las cordilleras cuyos picachos ocultó la bruma.

En mis sueños yo veo a Zola, como un hombre hecho Dios, rodeado del mundo que creara: a su siniestra los Rougon, ignorantes, perversos, condenados a perpetua esclavitud por haber dudado de la vida. A su diestra los Froment, sencillos, confiados, que triunfan por que llevan fé en la vida. Vanguardia de una nueva era, no simbolizan ya al pueblo francés sino al pueblo de la humanidad que fundará la gran república del Bien.

Esta es la progresión que alcanzó en el desaarollo de su persistente labor de cuarenta años. Comenzada con los conatos de emancipación social fué vigorizándose a medida que ella se acentuaba. En sus primitivos estudios, la individualidad restringe las miras de los actores, poco a poco van apoderándose de ellos aspiraciones comunistas, el campo de sus anhelos toma espacio: dejan de ser hombres aislados para constituir familia; la familia exclusiva se dilata en sociedad patria, las últimas fronteras del egoísmo son derribadas y, como gigantescos símbolos, concluyen por encarnar las aspiraciones del socialismo libertario.

Si en *Los Rougon Macquart* se ve debatirse al individuo opreso por el medio inmediato, en *La Trilogía* las circunstancias que lo influyen son más amplias y generales. Lucha en *Lourdes* contra el fanatismo religioso. Contra la autocracia ejercida sobre las conciencias en *Roma*. En *París* contra el fanatismo anarquista, abogando en cambio por la concordia, por la fraternidad que, en esta época, no pueden ser palabras sin aplicación. El sana todo mal con la vieja enseñanza del Cristo, *el amor de los unos a los otros*, esa unión que hace la fuerza.

Tal la tesis de *Los Evangelios*, lírico arrebato en que canta toda esperanza. Fuente desbordante de pasión que consuela y reanima con sus frescos raudales.

Y todo con el arte magnífico de aquel artista imponderable, en la musical orquestación de ese su majestuoso estilo que distribuye a cada frase, a cada palabra, un matiz distinto, un valor justo, y fuerza el contraste de las notas melodiosas con la austeridad de un acompañamiento grave. Así, precipitando gradualmente el compás, recorre en *crescendo* progresivo los tonos mayores, sintiéndose rodar aquella sinfonía apocalíptica como un trueno repercutidor, como un carro de bronce que arrastrase una cuadriga de corceles desbocados. La tierra retumba y tiembla. La batuta del maestro continúa desencadenando tempestades, dominante siempre en medio de aquel caos armónico que, reducido a la totalidad de una sola monstruosa vibración, crece y aturde y anonada hasta obtener apoteósis gigantesca.

No obstante, dado caso que en Zola no hubiese sino el artista, ni me conmoverían a tal punto mis propias palabras, ni serían escuchadas con semejante bondad por la juventud que me favorece. Y es que a pesar de aquellos axiomas de «el arte por el arte», y «el arte que lleva su finalidad en sí», si él fué grande por su talento, nos aparece enorme con haberlo puesto al servicio de la causa humanitaria, norte único que debieran tener los pensadores de hoy.

Siendo León Tolstoi el restaurador del legítimo socialismo cristiano, y, el otro León, pontífice de un católico seudo-socialismo, Zola representa uno sin sujección a creencias sectarias ni propósitos mezquinos, fomentador de la solidaridad entre los hombres y inaltecedor del trabajo, que no es cierto se le haya asignado al género humano como castigo de sus faltas, según afirma el dogma católico, sino que es su fuerza, su honor, su bienhechor, su guía y su gloria. «¡Quién me dará otra existencia para que el trabajo me la robe y vuelva a matarme otra vez más!» así exclama este obrero de la luz. Para él cada Froment que nace, debe ser una acrecentación de riqueza y felicidad, un nuevo obrero que natura entrega a la vida ubérrima y generosa. La naturaleza, la vida, son el océano de donde nace y a donde va a sumergirse su doctrina. Su credo es el amor, a la vida con su luz y su noche, con sus tempestades y sus calmas, a ese combate, ese engendro y esa destrucción mútua de los elementos y, ante todo y sobre todo, al pobrecito ser humano, ese elemento también, bajel sin timón y sin brújula que lleva proa rumbo a playas desconocidas. Amor! repite su voz en todos los tonos y el amor reboza de su biblia. ¡Amor! predica incansablemente. Amor al hom-

bre, a la vida, amor a la naturaleza, de pié ante la cual entona su plegaria, férvido grito de adoración,

«Oh, tierra bondadosa, acógeme tú, madre común, único origen de la existencia, tú la infinita, la inmortal, donde circula el alma del mundo, esa savia diseminada hasta en las piedras y que nos da por hermanos inmóviles a esos árboles! Sí, quiero fundirme en ti, te siento bajo mis miembros abrasándome e inflándome, tú sola serás en mi obra como el orígen primero, el medio y el fin, el arca inmensa donde todas las cosas se animan con el hálito de todos los seres».

Como Voltaire, Rousseau y Montesquieu fueron los precursores de la Revolución Francesa que proclamó los derechos del hombre, Zola puede llamarse el propulsor de la evolución mundial que comienza a realizarlos.

De tiempo en tiempo, cuando la humanidad no puede más con sus miserias, alumbran estos faros para mostrarle el sendero recto de que tantas veces se ha extraviado, el camino ancho, por donde debemos marchar todos, unidos.

¿Es esta la obra que se proclama inmoral, que se condena a puertas cerradas, sin juzgarla siquiera? Basta que el *Index* la haya cercado con altísimos muros, propalando que es, algo así como un jardín de afrodita, para que los escrupulosos no se atrevan a penetrarla. Y si alguno se asoma, llevado por malsana curiosidad, solo tiene ojos para los desnudos, pero serenos mármoles que blanquean entre el follaje. Sus miradas no se detienen, o no abarcan, el templo de imponente estilo que se alza en el centro, para el cual se plantó el parque, y que está consagrado a la Verdad y a la Justicia. La Santa Sede ha proscrito estos cultos idólatras y veda la entrada, so pretexto que adornan estatuas paganas la avenida que a él conduce.

Aquí, como en otros estados pontificios; en esta república sin republicanos, pero con uno que otro cacique y múltiples palaciegos; aquí, donde se posterga el ideal, el arte, la instrucción, lo que hace un sólido progreso y, juntamente con los cascos prusianos y las cogullas náufragas se recoge cuanto prejuicio nobiliario y añeja idea materialista bota por inservibles la civilización del viejo mundo, aquí se tiene tan alta idea de la inmoralidad zoliana que resultaron infructuosos cuantos esfuerzos hizo el año anterior este mismo Ateneo para organizar una velada fúnebre en recuerdo del maestro. En el Vaticano se le ha condenado y, durante muchos años aún, dependeremos del Vaticano.

Mientras los estudiantes uruguayos se hicieron representar por medio de su Ministro en las exequias, y las Universidades, las asociaciones obreras de Buenos Aires—para no hablar sino de América—organizaron imponentes desfiles en su honor, nosotros permanecimos inexpresivos, silenciosos, llegándose a temer por tanta apatía que no tuviéramos juventud ni democracia.

Y sin embargo: hasta acá y a pesar nuestro, alcanza ya el benéfico influjo de su obra. Tal los rayos del sol calientan y vivifican al escarabajo que patalea sobre la hierba y abomina de su lumbre.

En la auto-biblioteca de algunos literatos suele encontrarse un volumen cuyo epígrafe pudiera resumirla. Ha escrito Tolstoy *La salvación está en en vosotros*. Máximo Gorky *La Angustia*. El gran Hugo *Los cuatro vientos del espíritu*. La de Zolá se encierra en el título de sus EVANGELIOS: *Fecundidad, Trabajo, Verdad... Justicia*, el último, que frustró la muerte, debe escribirlo la posteridad en homenaje al apóstol, porque, aun cuando escarnecido, con menos compasión que un malhechor vulgar, su obra es abrazo de suprema piedad en que acoge a los cautivos y oprimidos, a los explotados, a los aplastados, a las víctimas todas de la injusticia y del dolor.

Son éstas, redimidas ya, las que, como esos sesenta mil obreros que formaron en los funerales, con sus esposas y sus hijos, desfilen mañana ante su tumba, convertida por la gratitud de los pueblos en santuario de peregrinaje universal y donde la severa inmortalidad monte la guardia. Enjambres, muchedumbres laboriosas, libres y felices, venidas de todos los puntos del horizonte, depositarán sobre ella la siempre-viva del cariño y el rojo geranio, insignia del Socialismo victorioso.

AUGUSTO THOMSON

(*Los Nuevos Horizontes*, Santiago de Chile).

NOTICIA—Pronunció Thomson este arrebatado discurso en el primer aniversario de la muerte de Zola, el **29** *de setiembre de* **1903**, *en el Ateneo de Santiago de Chile, y por la noche. Era entonces el Editor del* REPERTORIO AMERICANO *estudiante universitario y tuvo la fortuna de oirlo. El recorte de este discurso ha estado guardado* **21** *años y las emociones de la velada durarán toda la vida.*

Página lírica

de Jaime Torres Bodet

VERDES

Antes de la lluvia, verde
húmedo de la enramada;
verde plata de las hojas
y verde triste del alma.

Matices en el color:
música de las miradas.
¡Ah, quien me diera ese verde
que da luz a la esmeralda,
recogimiento a la fuente
y hondura leve a la playa!

¡Ah, quien me diera el color
capaz de vestirme el alma..!

DON

Nada vale en mí mismo
antes de darlo a quien de mí lo espera.
Mi amor era una zarza en el abismo
y es, ahora, en tus labios, himno de pri-
[mavera.

Era mi llanto, río
que envenenaba el limo de sus cauces,
y es, en tus ojos, claro calosfrío
de un agua vibradora entre los sauces..,

Era mi caridad, vacío vaso
y de verterse a todos, está lleno.
¡Valía bien pasar la noche al raso
por ver el día en su clarear sereno!

Todo cuanto poseo se encontraba
oculto en mí, Pero faltaba darlo.
Era fuerza. Faltaba
hacer gracia del dón, para gozarlo.

AZUL

Azul de primera tarde
de primavera... Lejano
azul, casi gris, que hace
de plata el silencio claro...

¿A qué ojos de mujer
te pareces, azul vago,
azul de país al que
se llega, un día, llorando?

¿A qué versos de otra edad
hueles? ¿A qué vivo ramo
cortado, al anochecer,
entre la luna del campo?...

VERSO

Verso breve y profundo
—hallado, no elegido—
completo como el mundo,
y, alto, como el nido...

¿En la blanda querella
de qué río lejano
tu vago azul de estrella
humedeció mi mano?

¿En qué día de oro
descubrí tu latido,
verso leal—tesoro
pequeño y conmovido—?

MUSICA GRIS

Gris en perla de la sala.
Presencia oscura de un piano.
Sobre el silencio, resbala
tímidamente, una mano...

Es una música vieja
y nueva—por olvidada—
que ríe, no dice nada
y, sin embargo, se aqueja.

La música preferida
por la mujer que adoramos
cuando cantaba la vida
y daban olor los ramos...

Tórnase a ver el camino
con noble mirar de ensueño:
y vuelve a brotar un trino
claro, sí, mas ¡tan pequeño!

¡Ah lo que el dolor musita
de raro en la perla clara!
¡Tanta tristeza infinita!
¡Tanto afán!... ¡Si se expresara!

Es de noche y hay pereza
de reanudar lo vivido...
Una romanza que empieza,
otra que borró el olvido,

y esta, que, la tarde aquella,
abierta quedó en el piano
como esperando una mano
que arrancase su querella:

partitura silenciosa
—crepúsculo en el marfil—
oro lento de una rosa
caída sobre el atril...

Música interior que ata
un río de perlas finas,
como la luna de plata,
en la noche, las colinas...

Música gris, mar en calma.
Menos que armonía, aroma;
suave aspiración del alma
que en llanto de estrella asoma.

Un resplandor en la sala
y, en el resplandor, un piano...
Sobre el silencio, resbala
—no vista, leve—una mano.

México, D. F.

La política ítalo-americana

La misión extraordinaria del honorable Giuriati, así como la próxima visita del príncipe Humberto de Saboya, denuncian en el Gobierno italiano un concepto nuevo de las relaciones con los países latinos de América. Sin duda, el jefe del Gabinete, Sr. Mussolini, ha comprendido la necesidad de substraer esas relaciones a su antigua rutina, para vitalizarlas con expresiones de una significación excepcional, a fin de que el creciente acercamiento, siempre deseado, se acentúe con más fuerza.

Las circunstancias creadas por la posterioridad de la guerra han puesto de relieve la gravitación que han adquirido los pueblos de esta parte del continente en el vasto intercambio mundial, y han revelado, también, de que es menester considerarlos con un criterio distinto del que ha predominado hasta ahora. Las viejas y grandes potencias de Europa solían—y aun suelen—aplicar a la diplomacia americana un sentido puramente tradicional, que no excluye en este caso un vago dejo despectivo que apenas entibia la estricta uniformidad del procedimiento protocolar. Asociábase a ese mantenimiento mecánico de vinculación un espíritu de inocultable indiferencia. La guerra ha demostrado a los directores de esas potencias la gravedad de su error. En efecto, las Repúblicas de más fisonomía y volumen de América desempeñaron, durante el proceso trágico, un papel primordial de proveedores, y su apoyo moral cobró una importancia cuya medida se diseñó en el mismo interés demostrado para obtenerlo. Sin embargo, la enseñanza de ese período lúgubre de la historia, así como las comprobaciones concluyentes que le siguieron, no han influído de un modo equivalente en los rumbos de la política europea. El Sr. Mussolini, que tiene una visión tan individual de las cuestiones públicas, se ha propuesto reaccionar contra esa inercia, y nos ofrece, con los actos de aproximación a que nos referimos, la perspectiva de un programa renovador: con ella señala el comienzo de una orientación más elevada y más clara, que abarca, en su profundidad y en su amplitud, las conveniencias recíprocas de naciones destinadas a compenetrarse espontáneamente por la predilección de su simpatía.

No podía suceder de otro modo. Lo que caracteriza, precisamente, la singular eficiencia del señor Mussolini—sin que ello importe juzgarlo bajo aspectos que no nos corresponde—es su aguda concepción práctica de las cosas. Se ha dado cuenta de que las repúblicas que designan con su riqueza y con su progreso la civilización de la América del Sur, y que por tantos motivos se ligan al interés diverso de los núcleos centrales de la cultura y de la economía de Europa, no debían apreciarse con un sentimiento artificialmente jerárquico y burocrático, según lo hacen algunos Gobiernos, sino con la convicción de que se está en presencia de familias, nacionales que han logrado ya una personalidad vigorosa y de que colaboran en las actividades del mundo con una coherencia cada vez más honda y cada vez más decisiva. Al dar a las corrientes de convivencia un impulso poderoso, prueba el señor Mussolini que aborda ese problema con ideas que han de traducirse rápidamente en notorios beneficios. Y si este juicio y esta actitud se fundan en una verdad general en lo que respecta a los países americanos, lo es mucho más en lo que se relaciona con el nuestro. La Argentina ha vivido, desde la etapa inicial de su existencia de Nación, en una armonía constante con el espíritu italiano. Sin abandonarse a influencias excluyentes, ni constreñir la formación de su modalidad a tipos restringidos, sino cediendo en esto a la espontaneidad ecléctica que define su índole, el pueblo argentino ha acogido al hombre de Italia con una cordialidad que fué, desde luego, un estímulo cálido para determinar la venida de las densas masas inmigratorias. De esta manera, el concurso italiano tuvo entre nosotros un valor constructivo que se refleja en las apariencias del adelanto alcanzado. Italia, a su vez, encontró aquí las ventajas que buscan, dentro de las condiciones inmediatas de comodidad y de acceso, los pueblos sobreabundantes para los cuales la descongestión producida por la emigración representa un deseo máximo. Esta doble situación señala indudablemente a uno y otro Gobierno la oportunidad de una política que se aparte de los fríos cánones observados hasta hoy y se manifieste en algo que responda más concretamente, en lo sentimental y en lo material, a los factores que intervienen como índices permanentes de esa vinculación.

La diplomacia que auspicia el Gobierno de Italia tiende a exteriorizarse en una forma más calurosa y persuasiva, digna de esa fraternidad que se viene cimentando desde hace tanto tiempo por obra material de aquella

(Pasa a la página 300)

LA EDAD DE ORO

21.—La fiesta de San Simón Garabatillo.

Faustino Guerra habíase encontrado en la batalla de Ayacucho en condición de soldado raso. Afianzada la independencia, obtuvo licencia final y retiróse a la provincia de su nacimiento, donde consiguió ser nombrado maestro de escuela de la villa de Lampa.

El buen Faustino no era ciertamente un hombre de letras; mas para el desempeño de su cargo y tener contentos a los padres de familia, bastábale con leer medianamente, hacer regulares palotes y enseñar de coro a los muchachos la doctrina cristiana.

La escuela estaba situada en la calle Ancha, en una casa que entonces era propiedad del Estado y que hoy pertenece a la familia Montesinos.

Contra la costumbre general de los *dómines* de aquellos tiempos, D. Faustino hacía poco uso del látigo, al que había él bautizado con el nombre de *San Simón Garabatillo*. Teníalo más bien como signo de autoridad que como instrumento de castigo, y era preciso que fuese muy grave la falta cometida por un escolar para que el maestro le aplicase un par de azoticos, de esos que ni sacan sangre ni levantan roncha.

El 28 de octubre de 1826, día de San Simón y Judas por más señas, celebróse con grandes festejos en las principales ciudades del Perú. Las autoridades habían andado empeñosas y mandaron oficialmente que el pueblo se alegrase. Bolívar estaba entonces en todo su apogeo, aunque sus planes de vitalicia empezaban ya a eliminarle el afecto de los buenos peruanos.

Sólo en Lampa no se hizo manifestación alguna de regocijo. Fué ese para los lampeños día de trabajo, como otro cualquiera del año, y los muchachos asistieron, como de costumbre, a la escuela.

Era ya más de mediodía cuando D. Faustino mandó cerrar la puerta de la calle, dirigióse con los alumnos al corral de la casa, los hizo poner en línea, y llamando a dos robustos indios que para su servicio tenía, les mandó que *cargasen* a los niños. Desde el primero hasta el último, todos sufrieron una docena de latigazos, a calzón quitado, aplicados por mano de maestro.

La gritería fué como para ensordecer y hubo llanto general para una hora.

Cuando llegó el instante de cerrar la escuela y de enviar los chicos a casa de sus padres, les dijo D. Faustino:

—¡Cuenta, pícaros godos, con que vayan a contar lo que ha pasado! Al primero que descubra yo que ha ido con el chisme lo *tundo* vivo.

«¿Si se habrá vuelto loco su merced?», se preguntaban los muchachos: pero no contaron a sus familias lo sucedido, si bien el escozor de los ramalazos los traía aliquebrados.

¿Qué mala mosca había picado al *magister*, que de suyo era manso de genio, para repartir tan furiosa azotaina? Ya lo sabremos.

Al siguiente día presentáronse los chicos en la escuela, no sin recelar que se repitiese la función. Por fin D. Faustino hizo señal de que iba a hablar.

—Hijos míos—les dijo,—estoy seguro de que todavía se acuerdan del rigor con que los traté ayer, contra mi costumbre. Tranquilícense, que estas cosas sólo las hago yo una vez al año. ¿Y saben ustedes por qué? Con franqueza, hijos, digan si lo saben.

—No, señor maestro—contestaron en coro los muchachos.

—Pues han de saber ustedes que ayer fué el santo del libertador de la patria, y no teniendo yo otra manera de festejarlo y de que lo festejasen ustedes, ya que los lampeños han sido tan desagradecidos con el que los hizo *gentes*, he recurrido al chicote. Así, mientras ustedes vivan, tendrán grabado en la memoria el recuerdo del día de San Simón. Ahora a estudiar su lección y ¡viva la patria!

Y la verdad es que los pocos que aún existen de aquel centenar de muchachos, se reunen en Lampa el 28 de octubre y celebran una comilona, en la cual se brinda por Bolívar, por D. Faustino Guerra y por San Simón Garabatillo, el más milagroso de los santos en achaques de refrescar la memoria y calentar partes pósteras.

RICARDO PALMA

(Tradiciones Peruanas).

22.—Fábulas y cuentos en verso

POR LA PUENTE, QUE ESTÁ SECO

Iba camino un abad
muy gordo y muy reverendo;
llegando a un río, intentó
pasar el vado, y saliendo
un pastor, le dijo: —Advierta
que ayer se ahogó un pasajero
porque erró el vado. El abad
preguntó al pastor tosiendo:
—¿Cuanto hay desde aquí a la puente?
—Dos leguas y media pienso,
dijo el pastor. Y el abad
le respondió entre un regüeldo:
—Si el que se ahogó hubiera ido
por la puente, aunque está lejos,
desde ayer acá ya hubiera
pasado el río. Y el freno
torciendo a la mula, dijo:
—Por la puente, que está seco.

AGUSTÍN MORETO

(No puede ser... jornada 1ª, escena IV).

EL PERRO Y EL ASNO

A su casa a descansar
volvía un hombre de fuera,
y un perrillo que tenía,
comenzándole a hacer fiestas,
en los hombros le saltaba.
Estaba un pollino cerca
y tuvo envidia del perro,
y de la misma manera
quiso halagar a su amo,
y poniéndose en dos piernas
le derribó una quijada.
Saca tú la consecuencia.

JUAN DE MATOS FRAGOSO

(Lorenzo me llamo, jornada 3ª).

MALDICIÓN DE CORCOVADO

Hurtáronle a un corcovado
una ropilla, y como era
hecha a su medida y como
para una tortuga hecha,
cuando echó menos el hurto,
no hizo mayor diligencia
que decir contra el ladrón:
—Plegue a Dios que bien le venga.

ALVARO CUBILLO DE ARAGÓN

(*El invisible príncipe del baúl*, acto 1º).

LA ZORRA Y EL LEÓN

Murmuraban del león
que tenía mal aliento
de boca, y él descontento
de tener esta opinión,
como es rey este animal,
mandó que todos le oliesen
la boca, y luego dijesen
si le olía bien o mal.
El que llegaba decía:
—Mal le huele a vuestra alteza.
Y él, con enojo y braveza,
le mataba y le mordía.
Fué la zorra y preguntada
—¿Huéleme mal?—respondió:
—Tengo romadizo yo
y no he podido oler nada.

JACINTO DE HERRRRA

(*Duelo de honor y amistad*, jornada 2ª).

COMEDIMIENTO Y ASTUCIA

A cuatro o cinco chiquillos
daba de comer su padre
cada día: y como eran
tantas porciones iguales,
un día se olvidó de uno.
El, por no pedir (que es grave
desacato de los niños),
estábase muerto de hambre.
Un gato maullaba entonces,
y dijo el chiquillo: —¡Zape!
¿De qué me pides los huesos,
si aún no me han dado la carne?

PEDRO CALDERÓN DE LA BARCA

(*El pintor de su deshonra*, jornada 3ª, escena XXI).

EL RUIN CON MANDO

Juntó cortes el león,
estando enfermo una vez,
para elegir un jüez
a quien la jurisdicción
de sus reinos encargase.
Los animales, atento
a que es tan manso el jumento,
pidieron que él gobernase.
Tomó, al fin, la posesión;
y por dalle autoridad,
junto con la potestad,
sus uñas le dió el león.
Parabién le vino a dar
luego con grande alegría
un rocín, que ser solía
su amigo; y él, por usar
del poder, dos uñaradas
le dió al amigo inocente;
y viéndose injustamente
las carnes acribilladas,
dijo llorando el rocín:
—No tienes tú culpa, no,
sino quien uñas le dió
a un animal tan ruin.
El león, airado y fiero,
le quitó con el oficio
las uñas, y al ejercicio
le hizo volver de arriero.
Pues hombre que oficio empuñas,
sabe templado ejercello,
pues a tantos, por no hacello,
has visto quitar las uñas.

JUAN RUIZ DE ALARCÓN

(*La crueldad por el honor*, acto 2º, escena V).

23.—Darwin se siente avergonzado

Mientras estábamos en esta finca faltó poco para que fuera testigo de uno de esos actos atroces que sólo pueden ocurrir en un país de esclavos. Con motivo de una querella y un pleito el amo estuvo a punto de separar todas las mujeres y niños de los esclavos varones y venderlos en Río en pública subasta. Si esta enormidad no se realizó fué porque lo impidió el interés, y no el menor sentimiento de piedad. Realmente, no creo que al amo le pasara por las mientes que era inhumano separar a 30 familias después de haber vivido juntas por muchos años. Y, no obstante, aseguro, a fe de hombre veraz, que en sentimientos humanitarios y afectuosos aventajaba al común de los hombres. Cabe, pues, afirmar que la codicia y el egoísmo producen en la inteligencia la ceguera más absoluta. He de mencionar aquí una anécdota de escasa importancia, por haberme impresionado en aquella ocasión más hondamente que cualquier relato de crueldad. Cruzaba una corriente en una barca de pasaje con un negro extraordinariamente estúpido. Al intentar hacerme comprender alcé la voz e hice varios gestos, entre ellos el de pasarle la mano por la cara. El hombre debió de creer, a lo que supongo, que yo estaba furioso e iba a pegarle, porque al momento, con aire asustado y medio cerrados los ojos, dejó caer las manos. Jamás olvidaré la sorpresa, disgusto y vergüenza que me causó ver a un hombrachón fornido aguardar en aquella postura humillante una bofetada que, según se figuró, pensaba yo descargarle. Este hombre había sido por la esclavitud arrastrado a degradación inferior a la del más indefenso animal.

CARLOS DARWIN

(*Viaje de un naturalista alrededor del mundo*: Río de Janeiro).

Las mujeres de los Ministros laboristas

Desde que Ramsay Mac Donald se posesionó del cargo de Primer Ministro de la Gran Bretaña, el público inglés no ha omitido esfuerzo alguno para averiguar todo lo que sea posible en relación con la vida y costumbres de sus nuevos mandatarios, y muy particularmente de las esposas de éstos, quienes constituyen el verdadero Gobierno laborista. Una por una, todas ellas han sido entrevistadas y han revelado, poco más o menos, a los reporteros lo que en realidad opinan de su nueva posición.

Por ejemplo, la señora de Mr. Stephen Walsch, esposa del Ministro de Guerra laborista, quien fué antiguamente minero, confesó—después de su primera visita al gran edificio de piedra donde funciona la Oficina de Guerra—que el despacho de su esposo no le había causado la impresión que esperaba.

«El Ministerio de Guerra no es tan suntuoso como yo me lo imaginaba», dijo a su interlocutor. «Yo creía que me pondría muy nerviosa al encontrarme allí por primera vez, pero nada de eso me sucedió».

La señora Walsch tiene un aspecto extremadamente suave, de mujer maternal, con una sonrisa siempre lista para los que le hablan y con ojos que revelan un magnífico humor. Ha permanecido la mayor parte de su vida en Wigan, una poblacioncita minera del país del norte, que es famosa porque siempre se menciona en los diálogos de *vaudeville*, y por una razón misteriosa, ese nombre nunca deja de hacer reír al auditorio.

Después de haberse asegurado de que el Gobierno laborista había quedado firmemente instalado, la señora Walsch abandonó su hotel y regresó apresuradamente a Wigan, «porque, según ella misma lo explicó, hay necesidad de arreglar las camas y sacudir el polvo en las habitaciones, aunque el marido de úna se haya convertido en alto oficial de la Corona. Nosotros no tenemos sino una sola sirviente, y, por ello, la mayor de mis hijas y yo nos dividimos buena parte del trabajo del hogar. Hay seis niños en casa, todos bastante crecidos ya, pero una familia numerosa nunca deja de exigir atención constante. En nuestros días juveniles, cuando mi marido era carbonero, siempre me ayudó a hacer los ciento y un quehaceres que se presentan en la casa. Siempre luchamos juntos».

«Yo me eduqué en medio de la pobreza y la sencillez, continuó la señora Walsh; y la vida social nunca me llamó mucho la atención; mientras que nosotros no sepamos algo más sobre el futuro político de mi esposo, no vendremos a vivir en Londres. Uno de nuestros hijos estudia leyes en la Universidad de Manchester, otro prepara sus cursos preliminares, y el tercero está estudiando ingeniería de minas, en tanto que nuestras dos hijas enseñan en un colegio de Lancashire, de manera que abandonar a nuestro viejo pueblo de Wigan sería para nosotros una verdadera desorganización».

Lo que más preocupa hasta ahora a la señora de Mr. J. R. Clynes, Lord del Sello Privado y uno de los jefes de la Cámara de los Comunes, es si le agradará o no su nuevo hogar oficial, en el edificio número 11 de Downing Street, junto a la residencia del Primer Ministro.

«La primera cosa que me llamó la atención—manifestó la señora Clynes al repórter después de su primera visita al edificio—fué lo mismo que llamó la atención a Miss Isabel Mac Donald, la hija de nuestro Premier, en el número 10, o sea que estos edificios son demasiado complicados. Naturalmente, la razón de esa complicación consiste en que se trata de oficinas de gobierno y al mismo tiempo de residencias particulares. En cuanto a nuestras habitaciones privadas, no me parece necesario que usemos todos los cuartos. Yo creo que la vida aquí será muy diferente de la que hemos llevado hasta ahora. Habrá mucho más que hacer, sin duda, ya que hay tantos cuartos y que todos ellos son mucho mayores de los que hemos acostumbrado a habitar, debiendo atender, además, muchas visitas, que se toman una gran parte del tiempo. Algunas habitaciones son realmente hermosas y servirán de estímulo a cualquier mujer que comprenda el orgullo de sentirse responsable del cuidado de las cosas bellas. Es un lugar donde se puede poner muy en alto la dignidad de los laboristas».

«Las habitaciones están muy bien amuebladas, pero no dejan de faltar ciertas cosas indispensables que tendremos que traer de casa. Por ejemplo, no hay una máquina de coser ni un piano, y naturalmente, habremos de traer los nuestros. Hay una gran cantidad de trabajo adicional en una casa como esta del número 11, si se le compara con el de nuestro hogar, porque las cocinas son mucho mayores, así como toda la parte baja del establecimiento. En lo que se refiere a visitas, no creo que hagamos invitaciones muy frecuentes, en primer lugar, porque significan un gasto muy grande y no es posible esperar que un gobierno laborista pueda hacer en ese sentido lo que han hecho otros que contaban con mejores medios. En otras palabras, creo que seguiremos como hasta ahora, invitando por medio del Half Circle Club».

Para establecer el contraste con su posición actual, la señora Clynes describió al repórter la vida de sus años de juventud, como sigue:

«Me casé cuando tenía veinticuatro años y mientras que tuve veintitrés acostumbraba, desde los primeros años de mi niñez, a levantarme a las cinco de la mañana y hacer una jornada de media hora a pie, sin tener en cuenta que el tiempo fuera bueno o malo, para llegar a las fábricas donde trabajaba. En esos días no existían tranvías ni autobuses, y es muy agradable recordar aquellos tiempos, especialmente cuando oímos a los miembros más jóvenes de la familia quejarse de tener que dejar la cama a las siete o las ocho de la mañana. Por otra parte, me produce una intensa alegría recordar aquellos tiempos difíciles, ya que, bien sea en Downing Street o en una fábrica de telas de algodón, no hay razón

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

Azorín: *El chirrión de los políticos*	¢ 3.00
R. Rolland: *Vidas ejemplares* (Beethoven, Miguel Angel, Tolstoi) (1 tomo pasta)	3.00
Homero: *Iliada* (2 tms., pasta)	6.00
Longfellow: *Evangelina*, Trad. en prosa de R. Merchán	1.20
Tolstoi: *Los Evangelios* (1 tom. pasta)	3.00
Dante: *La Divina Comedia* (1 tomo pasta)	3.00
Plutarco: *Vidas Paralelas* (2 tomos pasta)	6.00
Platón: *Diálogos* (3 tms. pasta)	9.00
Fray Luis de León: *Poesías originales*	1.25
Arturo Borja: *La flauta de ónix*	2.00
Luis Carlos López: *Por el atajo*	5.00
B. Contreras: *Antología de poetas italianos*	0.75
Eurípides: *Tragedias* (un tomo, pasta)	3.00
Homero: *Odisea* (un tom. pasta)	3.00
P. Henríquez Ureña: *Mi España*	4.00
Alfonso Reyes: *Los dos caminos*	2.50
José Vasconcelos: *Estudios Indostánicos*	4.00
Ml. Magallanes Moure: *Florilegio*	2.00
Isaías Gamboa: *Flores de Otoño y otros poemas*	2.25

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscríbase! Las cuatro entregas mensuales: ¢ 2.00.

alguna para que cualquier hombre o mujer no siga siendo la misma persona».

La esposa de Mr. Thomas Shaw, actual Ministro de Trabajo, fué también empleada de una fábrica de telas de algodón. Durante trece años trabajó en una de las grandes plantas de Lancashire, y en una entrevista manifestó lo siguiente: «Muchos de los mejores años de mi vida los pasé ante los telares de algodón.

»Acostumbrada a levantarme, continuó la señora de Shaw, todos los días a las cinco de la mañana. Después de casarme continué durante diez años trabajando en las fábricas y siempre fuimos felices con Tom; por esta razón, he encontrado a Londres bastante aburridor después de Lancashire. Usted ve que todos mis amigos están allá y hemos dejado a nuestras dos hijas con sus esposos.

»No me encuentro nerviosa en absoluto a causa del lado social de nuestra nueva posición. Si hacemos algunas invitaciones, confío en que nuestros huéspedes gustarán de la cocina de Lancashire. Yo no podría preparar «platos de Londres», y no quiero confiar el cuidado de las comidas de mi esposo a manos distintas de las mías. Creo haber podido observar en Londres que las mujeres de aquí no trabajan tanto como lo hacemos en Lancashire. Las londinenses salen más a la calle y dejan sus labores al cuidado de los sirvientes.

»Hasta el día en que me vi obligada a no aceptar la invitación a la boda de la Princesa María a causa de la enorme distancia entre nuestro hogar y Londres, no me resigné a vivir aquí. Confío en que algún día podré ver a la Reina y creo que esa entrevista no me pondrá nerviosa porque ella tiene una sonrisa tan suave...»

(*Lecturas Dominicales*, Bogotá. Trad. de *The Times*).

La doble personalidad

La prensa se ha ocupado ya en Eugenio Noel, con motivo de la venta de la medalla que los intelectuales bogotanos le obsequiaron. El asunto no vale la pena; es una pequeñez, ante la cual los bogotanos se limitarán a sonreir. Pero el caso de Noel sí merece un estudio. Este conferencista, que con palabras de cálido entusiasmo va pregonando por el mundo el culto de los más altos ideales, representa el tipo perfecto del divorcio entre lo que se es y lo que se aparenta. Ese idealista casi etéreo, es en realidad un exponente del más ruín mercantilismo. Toda la generosidad y toda la nobleza que bullen en sus conferencias le hacen falta por completo en su persona. Detalles conocemos acerca de su procedimientos y de sus ideas en la vida práctica, que llegan a lo cómico, de puro reñido con lo ideal.

Naturalmente Noel pierde cada día autoridad, y a medida que los públicos ante los cuales expone las doctrinas que posee de dientes para afuera, lo conozcan, llegará el día en que no le dejen hablar. Porque eso de presentarse, como don Alonso Quijano, cuando en el fondo no es sino un Sancho Panza de la más pura cepa, es una comedia que no puede prosperar. Noel debió acoger una profesión muy distinta de la de Apóstol, para la cual no posee sino el dón de la palabra, que acaso es el menos importante. El Apóstol debe, ante todo, pagar de su persona, mostrar el ejemplo primero que las palabras. En los negocios, Noel habría llegado a la cumbre. En el apostolado fracasa duramente. El divorcio entre las ideas que uno proclama, entre el principio de vida que uno dice ser el bueno, y el modo de vivir, es peligroso y es inicuo. Uno debe vivir conforme piensa. Paul Bourget, en la mejor de sus obras, *Le Demon de Midi*, muestra a qué conflictos se expone quien no vive de acuerdo con su conciencia.

(*El Tiempo*, Bogotá).

La política italo-americana

Viene de la página 296).

afluencia y de ese acogimiento mantenido invariablemente con idéntica vivacidad. Alabemos esa disposición del señor Mussolini y reconozcamos en ella, no ya el reconocimiento de las aspiraciones de la numerosa colectividad italiana, sino el anhelo de los argentinos. Nuestras vinculaciones con Italia, desde el punto de vista de los intereses comunes y diarios, no reclaman, desde luego, imprevistas gestiones ni el amparo espectaculoso de fórmulas especiales que atestigüen la sinceridad de esa unión. Causas de raíces complejas aseguran esos vínculos y trabajan automáticamente por su continua solidez y por su extensión progresiva.

El ensanche ininterrumpible de la inmigración italiana, provocado por los atractivos económicos del país, y las cualidades particulares que ofrece para el que necesita substituir el suelo patrio, dictan ineludiblemente una conducta en el orden internacional que ha sido sometida con frecuencia, por parte de los Gobiernos europeos, a limitaciones mezquinas. Hay razones superiores a esas conveniencias mismas para dar a las relaciones con los pueblos sudamericanosuna intensidad moral menos vacilante. Es lo que parece haber entendido con penetrante certeza el señor Mussolini. El señor Mussolini quiebra esas restricciones y esa inteligencia arcaica de los asuntos americanos con una energía propia de su fuerte temperamento. Ve en esos países, ve en la Argentina, algo más que una extensión económicamente fecunda; ve la aparición de grupos genuinos llamados a influir en la evolución espiritual de los pueblos, a contribuir a la afirmación definitiva de los ideales humanos y, comprendiéndolo, quiere expresarlo en manifestaciones que indiquen la posición que ocupan en el pensamiento de Italia. Para conseguirlo el señor Mussolini se vale de los medios consagrados por el régimen de las relaciones diplomáticas, que son las misiones de calificación extraordinaria. Lo atestigua la presencia de la nave que nos trae un mensaje viviente del espíritu de Italia, así como la Embajada ilustre que la acompaña, y lo demuestra en su trascendente significado la anunciada visita del príncipe heredero, que al sumar en su augusta persona las más altas representaciones de la Nación, sellará con su venida la honda amistad de los dos países en un acto memorable y que inaugurará, a la vez, una política distinta, respecto de la América latina fuera de las normas soñolientas seguidas por parte de entidades salientes de Europa.

(*La Nación*, Buenos Aires).

Costa Rica

(Parrafos de una monografía.)

Es un país grato, libre, floreciente. Hay en su atmósfera—sobre todo en ciertas mañanas diamantinas — una suavidad optimista que invade ligeramente las almas.

Tierra de apacibles hogares, de ingenuas costumbres, de mujeres peregrinas. Balsámico rincón de Centro América, propicio al normal placer, a la serenidad del pensamiento, a la paz del corazón. Conociendo este sedante paraíso se comprende la dolorosa nostalgia que enferma a los costarricenses que se ven obligados a emigrar.

—... Desde mi cuarto en lo alto de la esquina del Hotel Washington veo el Parque Central, colmado, en este claro domingo de febrero de 1920, de preciosos niños y de lindas jóvenes. La hora es fría, pero límpida. De las puertas de la catedral se desborda una muchedumbre pintoresca. Todo está impregnado de amor a la vida simple y fácil: todo sonríe al presente venturoso y al futuro inalterable.

FROYLÁN TURCIOS

El hombre y la lápida

En todas partes tropezamos con la desigualdad humana. El pueblo de las estatuas de una ciudad forma una sociedad tan mezclada como la que hallamos en el *hall* de un hotel cosmopolita o en el vagón restaurante de un expreso. Hay estatuas donde se ha tallado una imagen memorable, y estatuas que son un epigrama.

Como con las estatuas ocurre con los nombres de las calles. La conmemoración callejera forma un abigarrado pueblo, donde la vulgaridad se codea con el mérito. Los motivos de la fama son muy diferentes. Se puede *tener* una calle, dar nombre a una calle, por haber escrito el *Quijote* y por haber sido concejal.

En la Gran Vía madrileña, Pi y Margall *continúa* al Conde de Peñalver. Pi y Margall no escribió el *Quijote*, aunque fué uno de los más puros y elegantes prosistas de su tiempo—un clásico—; pero no es de la misma tribu espiritual que el Conde de Peñalver. El conde era una persona respetable, fué tal vez un buen alcalde, llevó a cabo el antiguo proyecto de la Gran Vía y tenía algún derecho a firmar una piedra de la obra; pero la proximidad a Pi y Margall le perjudica.

* *

En la nueva avenida Pi y Margall se ha descubierto la lápida nominadora, eligiendo para la ceremonia el aniversario centenar del nacimiento de aquel gran repúblico. Fué un acto modesto, celebrado casi en familia, a las nueve de la mañana, como si se deseara la intimidad o el incógnito. Madrid, a las nueve, se despereza. Me recordaba esta ceremonia tan matinal el entierro de un amigo, señalado también a hora muy temprana. «Indudablemente, la familia no quiere que vayamos al entierro», se dijeron los amigos, y no fueron. Quizá la sobriedad de la ceremonia conmemorativa de Pi y Margall fué un homenaje apropiado a la austeridad de aquel gran hombre, que recordaba con sus costumbres la sencillez de las repúblicas antiguas. Por lo menos, la libró de las desafinaciones que a veces se producen en los actos de más aparato.

* *

Le llamaban el hombre de hielo. Parecía que a sus enemigos les exasperaba la austeridad inatacable de Pi y Margall, y que buscaban el desquite presentándole como un hombre insensible, encerrado en su utopía, indiferente a las palpitaciones de la emoción humana, una estatua viviente. No era así; pero aunque lo fuera, habría sido una noble estatua de perfiles antiguos que miraba al mundo nuevo.

En mis recuerdos surge su figura de filósofo y patriarca, no en un Pórtico o en una Academia, sino en las asambleas algo beocias de las cortes de la Restauración. Quizá la especie de su frialdad surgió como un contraste con la gesticulación y la oratoria gritadora, pomposa y hueca. Me le represento escuchando impasible el griterío del coro adverso, después de lanzar sus acusaciones implacables, o tal vez oyendo sin pestañear una voz tonante y declamatoria que asesta sobre él la gruesa artillería de los lugares comunes, que ni le desconcierta ni le excita a la interrupción.

Don Francisco Pi y Margall

Su estilo, en los últimos escritos, tiene cierta impasibilidad escultórica, marmórea. Mas en los *Estudios sobre la Edad Media*, en *La reacción y la revolución*, se percibe la llama de la emoción. El hombre de hielo tuvo su pasión, la pasión más rara y exquisita: la pasión de la verdad, que es la más desinteresada; la pasión sin premio. Por Por ella sacrifican algunos hombres elegidos los bienes de la tierra, el reposo, la popularidad y hasta a veces la vida. Todas las otras pasiones, las nobles y las viles, tienen su señuelo y su recompensa en el bien determinado a que aspiran. La pasión por la verdad sabe que esa misma verdad que persigue no le será dada, que no será más que *su* verdad, la visión fugaz y parcial de una conquista inasequible. Mas esta pasión por la verdad, la pasión noble por excelencia, es el decoro del espíritu, la lealtad consigo mismo y con los demás hombres, el servicio divino que la inteligencia rinde a su ley.

El pragmatismo aspira a conciliar la verdad con la práctica a expensas de la verdad. Esta tiene en sí misma su propio pragmatismo. El primer fruto de la pasión por la verdad es el ennoblecimiento del carácter. La verdad imprime carácter como un sacramento. Pone en sus servidores y elegidos la marca del *sacerdos in alternum*. El Pi y Margall enamorado de la verdad desde la juventud, que se negó a servir a las ficciones triuntriunfantes, explica el probo ciudadano, el hombre de vida privada intachable, el gobernante austero, que siguió rindiendo culto a la deidad que no envejece.

ANDRENIO

(La Voz, Madrid).

El centenario del gran repúblico español Pi y Margall

Valladolid, marzo 1924.

El 29 de abril próximo venidero se cumplirá el primer centenario del nacimiento de aquel varón insigne y sabio, ejemplo de austeridad y de todas las virtudes cívicas, que se llamó D. Francisco Pi y Margall. Pocos hombres, en efecto, producen al evocar su venerable figura, respeto más profundo para su obra y para su persona. Nadie le aventajó en civismo y ningún otro supo colocar más alta su honradez.

Ignoro qué actos habrán de celebrarse, en la fecha indicada, en nuestro país para enaltecer sus doctrinas y honrar la memoria de quien, como él, fué la concreción del más puro y exaltado amor patrio y sacrificó su entendimiento y su vida en idear la máxima prosperidad de España. Hombre de su tiempo, sus concepciones políticas fueron, no obstante, las de un precursor que se adelantase dos siglos a la vida de la Humanidad.

En su programa de 22 de junio de 1904 proclamó como principios fundamentales, en el orden humano, libres el pensamiento, la conciencia y los cultos, y garantidos la

vida y el trabajo; inviolables la personalidad, el domicilio y la correspondencia; abolida la pena de muerte, perseguida sin piedad la vagancia. Sabía don Francisco que en la extinción de este vicio podía encontrarse el medio más eficaz para regular los elementos de la economía humana.

En el orden político reconocía la voluntad del pueblo como el único origen legítimo del Poder público; quería los tres poderes limitados, el Legislativo a legislar; el Ejecutivo a ejecutar; el Judicial a juzgar; y estimaba punible la invasión de cualquiera de los tres en las atribuciones de los otros.

Ninguna manifestación de la actividad humana quedó sin que fuesen señaladas, para el mejor desenvolvimiento, sus sabias orientaciones; y el orden social formulaba estos postulados.

Subordinado siempre el disfrute de la tierra, como propia de todos los hombres, a los intereses generales. Entregadas a comunidades obreras las tierras públicas; las que los propietarios hayan dejado incultas por por más de cinco años y las que, donde con venga, se expropie por el sistema que empleó Rusia para la emancipación de los siervos y propuso Gladstone para resolver la cuestión territorial de Irlanda. Establecido el crédito agrícola, principalmente, para esas comunidades. Transformado en censo redimible a plazos respecto a la tierra el contrato de arrendamiento; considerados como enfiteusis perpetuas, redimibles también a plazos, los foros y las *rabassa morta*.

En el orden internacional, fué un precursor de las doctrinas wilsonianas. Quería en este respecto:

La confederación de las Naciones.

La creación de un poder que rija las relaciones internacionales, hoy materia de múltiples tratados.

Interin este poder no exista, la decisión de todas las discordias por el arbitraje.

Desde luego, las más amistosas relaciones de letras y de comercio con las Repúblicas latinas de América.

El apoyo y el estímulo de cuanto pueda agrandar en el hombre la idea de la Patria y hacer que la Humanidad constituya un todo orgánico.

La civilización de los pueblos incultos, no por la fuerza, sino por la colonización pacífica y el establecimiento de relaciones mercantiles.

La sustitución, en una palabra, de la guerra por la paz, de las armas por la razón y el derecho.

* *

Ya ha sido señalado reiteradamente como un mal grave de la política española de nuestro tiempo la falta de partidos de oposición.

El mayor empeño de los que acaudillaron Cánovas y Sagasta y de quienes les siguieron en el mando de sus huestes, ha consistido en aminorar todo lo posible las oposiciones extremas e incorporar sus componentes a la Monarquía. La última prueba de este hecho es el reformismo, cuya posición no es fácil determinar en estos momentos.

Aquel gran partido republicano que contaba con hombres tan preeminentes como Pi y Margall, como Castelar, como Salmerón, como Azcárate, como Ruiz Zorrilla y como Sol y Ortega, era una resultante de la revolución de setiembre y de sus consecuencias, que tuvo una fuerza dinámica mientras vivieron sus figuras más representativas. Con razón me decía cn cierta ocasión D. Juan Sol, cuando aun intentaba reorganizar el partido de Unión Republicana, que era él «el último romántico de su tiempo».

Y es que nuestros hombres políticos gubernamentales pensaron mucho más en la tranquila rotación de los partidos que en las altas conveniencias del Estado. De seguro hay ahora más de un arrepentido por esa conducta.

Pero de la obra de aquellos filósofos y pensadores de la política, queda una doctrina y un ideario encaminados rectamente a la mejor salud de la Patria. Va a cumplirse ahora el primer centenario por el nacimiento del varón insigne que al entregar un día los fondos secretos del Ministerio de la Gobernación al entonces funcionario de la Ordenación de pagos de aquel departamento y célebre escritor festivo Luis Taboada, lo hizo no sólo de las sumas cuyos fines no quiso averiguar don Francisco sino de otra cierta cantidad de su peculio particular que advirtió más tarde con toda clase de comprobaciones.

España está inexcusablemente obligada a rendir en la fecha 29 de abril de este año el homenaje y el respeto que merece la memoria de uno de sus políticos mas honrados y preclaros.

Mi amigo don Manuel Hilario Ayuso, ilustre catedrático de Psicología de la Universidad Central y uno de los discípulos más distinguidos y devotos del sabio maestro, ha propuesto al Ayuntamiento madrileño que autorice al Partido Federal español para que coloque una lápida artística en el trozo de la Gran Vía que lleva el nombre de Pi y Margall. Seguramente la idea de Ayuso no encontrará ninguna oposición. *El Nuevo Régimen*, periódico que sobrevive al gran republico y que él fundó para propagar sus doctrinas, dice «que se piensa dedicar a su memoria varios homenajes».

Hilario Ayuso que ha hecho un culto de las doctrinas de Pi y que sigue limpio de toda contaminación su ejemplo de austeridad y honradez políticas, ha venido a pasar un día en Valladolid para planear cierto asunto jurídico. Es, además de doctor en Filosofía, doctor en Derecho.

Su presencia aquí me ha proporcionado el placer de realizar juntos una comida y charlar un rato de muchas cosas actuales y pretéritas. Y el buen amigo, reconociéndole yo la máxima autoridad para hablar de Pi y Margall, ha escrito las siguientes notas dedicadas a *La Nación*.

* *

Pi y Margall nació en Barcelona el 29 de abril de 1824. Estudió latín, griego y humanidades en aquel Seminario y Derecho en la Universidad barcelonesa y en Madrid, donde se doctoró. Vivió del ejercicio de su profesión muy humildemente (jamas cobró cesantías ni emolumentos) y sus minutas llamaron la atención por excesivamente módicas (aún vive el procurador Muñoz que quiso abonarle por indicación de su cliente el doble de la cantidad fijada, «500 pesetas», por un verdadero éxito jurídico y Pi «le rechazó la propina»). Cuando murió, *El Correo*, y *El Renacimiento* y el *Diccionario enciclopédico* dejaron de publicarse. Pi y Margall fué empleado de la Banca Martí de Barcelona, que quebró a consecuencia de las revueltas de entonces. Los síndicos reclamaron 8000 reales que, según sus cálculos, quedaban en caja. D. Francisco Pi, modesto empleado y cesante desde la quiebra, les entregó 64-000 reales que le había confiado la Caja.

* *

Pi y Margall se adelantó a su tiempo (Wilson le consideraba como maestro y coincidía con Rovira y Virgili en que desarrolló antes que nadie la doctrina del pacto y la teoría científica de las autonomías.)

Sus *Estudios sobre la Edad Media* y *Las Nacionalidades* (obra maestra de Pi) tienen y tendrán durante muchísimos años innegable actualidad. La *Historia de la Pintura*, cuyo tomo primero y único publicado, fué condenado (también los *Estudios sobre la Edad Media)* por la Iglesia y prohibido por R. O. de 12 de noviembre de 1852, le acredita de sabio y artista, pensador y erudito, no menos que *La reacción y la revolución* (1854) *Las obras del P. Mariana* (Colección Rivadeneyra), sus opúsculos, etc., etc.

* *

Pi y Margall, consecuente con su ideario, tenía, por lo que se refiere a España, el apoyo de los factores histórico, geográfico, étnico, filológico y jurídico, que hacen de la península un mosaico absurdamente gobernado y centralizado. Por eso propugnaba por la «República», como forma y por la «Federación» como sistema.

Sus únicos enemigos eran y son (yo lo experimento a diario en la política y al margen de ella) la incomprensión, la intolerancia, la hipocresía, el egoísmo... las bajas pasiones que han envilecido a la masa, despojándola de ideales e inyectando en sus venas ambición grosera disfrazada a menudo de altruismos utópicos...

Resolvía el desnivel económico persiguiendo «sin piedad la vagancia», mejor que fomentando la lucha de clases.

España, si le hubiera escuchado, habría evitado la pérdida de sus colonias y sería actualmente una nación semejante a Suiza y los Estados Unidos.

* *

Los cubanos le han dedicado una de las mejores calles de la Habana y en los días crudos de la guerra separatista, el aval de Don Francisco Pi, requerido por el General Maceo para atender una propuesta del Gobierno Sagasta, dió la libertad a muchos prisioneros.

* *

En 1896 y principios de 1897, fuimos Pi y Margall y sus discípulos perseguidos por la «patriotería» que gritaba en pro de la lucha hasta consumir el «último hombre» y la «última peseta». Un episodio de entonces me inspiró el cuento *Paluchero*, que publiqué en *El Nuevo Régimen*, fundado por D. Francisco y dirigido en la actualidad por su hijo Joaquín.

* *

Con un solo detalle puede juzgarse el pensamiento de Pi y Margall sobre el hispano-americanismo. Siendo presidente de la República Española en 1873, al mismo tiempo que definía su programa comenzando por la abolición de la esclavitud, iniciaba un convenio con los Estados Unidos sobre la base de considerar a España como Nación americana y, en tal concepto, aplicándole la doctrina de Monroe.

Quien desee conocer todavía mejor el criterio de Pi sobre hispano-americanismo, que lea su *Historia de América* (1878), el último parágrafo del programa de 22 de junio de 1894 y toda la colección de discursos y artículos, plenos de alusiones y de pensamientos referentes a la comunidad espiritual de España y América.

José Mª del Palacio

(*La Nación*, Buenos Aires).

REFLEXIONES Y LECTURAS

La zona de silencio

Indudablemente, un cierto resurgir empieza a manifestarse a través de toda Europa. Los escuchas del espíritu lo perciben. Laborismo en Inglaterra, que ha dado a la Gran Bretaña el Gobierno más avanzado y más intelectual de estos últimos tiempos... Otro Gabinete socialista en Dinamarca. Al frente de las izquierdas, vencedoras en Francia, Herriot dirige al público alemán del *Vorwaerts* palabras de reconciliación y de concordia, como, desde hace diez años, no habían sonado en los ambientes gubernamentales de la vieja República... Hasta Mussolini quiere preparar su evolución... Ha aumentado en pocos meses la fuerza moral de la Sociedad de las Naciones... Sobre el desorden económico y la oleada materialista y utilitaria, vuelven a interesar un poco las ideas... Las bellas letras renacen; la Ciencia pura apasiona; hay, de nuevo, un lugar en las almas para las inquietudes desinteresadas, para el arte sin precio, el amor sin egoísmo, la libre religiosidad, las preguntas sin respuesta...

¿Qué ocurre, pues? Ocurre, probablemente, que salimos ya de una «zona de silencio». Y los escuchas del espíritu vuelven a oir el rumor de la Humanidad en marcha, en marcha hacia un ideal... Pero esto de las zonas de silencio requiere antes una somera explicación.

En el campamento de la Courtine, junto a Clermont-Ferrant, en Francia, se han realizado estos días interesantes experimentos científicos. Se trata de comprobar e investigar diversos fenómenos—acústicos, atmosféricos, biológicos—que se venían observando, muy imperfectamente, con motivo de las grandes explosiones. Para ello, se han hecho estallar, a horas prefijadas, enormes cantidades de melinita, hasta veinte toneladas de una vez, y se han estudiado, por medio de aparatos colocados en distintas estaciones y puestos de observación, la propagación de las ondas y otros efectos físicos de las detonaciones formidables, así como también, mediante la colocación de perros u otros animales cerca del foco explosivo, los trastornos producidos en el sistema nervioso y en el organismo entero. El ruido de esas explosiones de la Courtine se oyó hasta en Inglaterra y en Austria.

Pero lo más sugestivo es el estudio de la zona de silencio. Cuando ocurre una explosión, en efecto, perciben el ruido, no sólo los que están situados en lugares próximos, sino, en ocasiones, los que se hallan a centenares de kilómetros. Sin embargo, a lo que parece, hay, entre aquellos y éstos, entre el centro de la explosión y los parajes lejanos, ciertas zonas intermedias, «zonas de silencio», en las cuales la detonación no se oye.

Así aconteció — recuerda en *Le Matin* el astrónomo Charles Nordmann—en las erupciones volcánicas del Japón, en la explosión de 1908 en el ferrocarril de la Jungfrau, en la de 1912 en Wiener-Neustadt... El bombardeo de Amberes se oyó hasta unos cien kilómetros de la ciudad; más allá, nada se percibía—la zona de silencio—; pero luego, rebasados los ciento cincuenta kilómetros, volvía a oirse el distante estallido de las granadas.

Se ha comprobado en las guerras modernas el caso de una división del ejército que avanza al oir el cañón lejano; retrocede, después, por haber dejado de advertirlo, y lo oye de nuevo cuando ya está regresando a su base. El cañoneo, en realidad, no se había interrumpido. ¿Quién no recuerda el caso histórico de Waterlóo? El general Grouchy no llegó a tiempo; no acudió con sus refuerzos, como estaba previsto, hacia el lugar donde tronaban los cañones, y los granaderos épicos de la guardia napoleónica sucumbieron entre la artillería inglesa y los sables prusianos. ¿Por qué? Quizás, sugiere Nordmann, porque Grouchy se detuvo, despistado, en una zona de silencio.

Esta teoría de las zonas de silencio tiene su aplicación, no sólo en la atmósfera física, sino también, acaso, en el ambiente espiritual de la Psicología y de la Historia. Los grandes hechos humanos apasionan y entusiasman muchas veces a los contemporáneos; sufren, después, una reacción de desdén, y reciben, por fin, la consagración gloriosa de la posteridad. ¿Qué escritor, qué artista, qué nombre insigne no ha pasado por la zona de silencio? También la tienen las ideas. Hay, para ellas, un momento difícil, en el que ya no son nuevas y aún no son antiguas; no son ya sorprendentes y todavía no son venerables; no gozan ni del encanto de la modernidad ni del prestigio del clasicismo. Los hombres sólo ven bien lo que está muy próximo a su corazón o lo que contemplan desde muy lejos, serenamente, con una perspectiva de siglos. Los clarines de la Fama dejan de oirse también, transitoriamente, en la zona de silencio del mundo moral.

Como si saliera de una zona de silencio, el idealismo humano balbucea nuevamente. Los principios de libertad, de justicia, de paz, en nombre de los cuales se ganó la guerra, quedaron, luego, aletargados en una Europa desangrada y famélica, fatigada y extenuada. Pero ahora... Diríase que ahora, débilmente aún, emergiendo de una zona de silencio, vuelve a oir el espíritu humano, con nuevas resonancias, la voz que le empujaba hacia adelante, hacia arriba, confiando en sí mismo, sin volver la vista atrás, ansioso de alcanzar, colectivamente, su emancipación, su plenitud, entre los dolores y las bellezas de la vida...

Luis de Zulueta

(*La Libertad*. Madrid).

EL CONVIVIO de los Niños

Cuentos a Sonny. Por Santiago Pérez Triana .... 0.25 oro am.
Tardes de Invierno. Por F. Pi y Margall .... 0.25 » »
Florilegio. Por diversos autores ... 0.25 » »
Los Cuentos de mi tía Panchita. Por Carmen Lira. Edición aumentada .... 0.50 » »
Pasteur. Por Gaston Laurent..... 0.30 »
Cuentos Viejos. Por María de Noguera........ 0.40 » »
El Delfín de Corubici. (Visión de Nicoya antes de la conquista española). Por Anastasio Alfaro... 0.50 » »

EDICIONES
del "Repertorio Americano"

Un capítulo de Sismondi........... 0.15 oro am.
Orientación Ideológica. Por Luis López de Mesa................ 0.15 » »
Colegio de Cartago. Por Ricardo Jiménez.......................... 0.15 » »
Pasteur y Metchnikoff. Por C. Picado T.......................... 0.40 » »
El Misticismo como instrumento de investigación de la Verdad. Por R. Brenes Mesén................ 0.15 » »
Discursos. Por Mariano Aramburo y Machado. Con prólogo de José María Chacón y Calvo........... 0.15 » »
Recogimiento. Por Rogelio Sotela.. 0.30 » »
La personalidad literaria de Ventura García Calderón. Por Napoleón Pacheco................... 0.25 » »
José Ignacio Escobar: *Escritos.* Con prólogo del Dr. Diego Mendoza.............................. 0.15 » »
Poetas Norteamericanos: Walt Whitman. Por A. Torres Rioseco. 0.40 » »
Cesarismo Teocrático. Por Cornelio Hispano.......................... 0.20 » »
Para los gorriones. Por Rubén Coto. 0.40 » »
La fuente sonora. Por Ciana Valdés Roig.......................... 0.20 » »
Ensayos sentimentales. Por José Mª Chacón y Calvo............. 0.40 » »
El caballero que ha perdido su señora. (Pequeña colección de artículos de costumbres cubanas), por E. Roig de Leuchsenring... 0.40 » »
Páginas Escogidas. Por A. Nin Frías 0.40 » »

Revue de L'Amerique Latine

APARECE EN 1º DE CADA MES

Publica estudios de escritores, sabios y políticos franceses, hispanoamericanos y brasileños sobre la América Latina y sus relaciones con Francia.

Dará a conocer, en selectas traducciones, novelas, cuentos y ensayos de autores hispano-americanos y brasileños.

Sus crónicas, numerosas y de variada índole, resumen la vida intelectual, artística, económica y social del Continente latino.

PRINCIPALES COLABORADORES

Condesa de Noailles, Rachilde, Gérard d'Houville, Emile Boutroux, Paul Bourget y Henri de Régnier, de la Academia Francesa; Magalhaes Azevedo, Luis Guimaraes y Graça Arana, de la Academia Brasileña; Marius André; Antoine, Paul Appell, Jacques Bainville, Louis Bertrand, Angel de Estrada, Claude Farrére, Francisco García Calderón, F. de Homen Christo, Leopoldo Lugones, Camile Mauclair, Charles Maurras, Alfonso Reyes, Carlos Reyles. J. H. Rosny Aîné, etc.

SUSCRIPCIONES

En Francia: un año 35 francos; seis meses, 20 francos.
En el extranjero: un año, 50 francos; seis meses, 30 francos.
El número: en Francia, 3.50 francos; en el extranjero, 5 francos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

2, Rue Scribe. París.

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCIA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

La entrega....................	¢ 0.50
El tomo (24 entregas).......	12.00
El tomo (para el exterior)...	$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)...........	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

Dr. Alejandro Montero S

MEDICO CIRUJANO
TELEFONO 375
Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.
Despacho: Frente a la 2ª Sección de Policía

Doctor Constantino Herdocia

De la Facultad de Medicina de París
MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.
Teléfono número 1443

Dr. ODIO DE GRANDA

MEDICO, CIRUJANO Y RADIOLOGO
de la Facultad de Medicina de París
Horas de consulta: de 2 a 4 p. m.
25 varas al NO. de la Artillería.
TELÉFONO Nº 899

Quien habla de la **CERVECERIA TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.
Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

EL MEJOR TALCO

Delicioso perfume
Antiséptico
Uselo usted

PIDALO
en todas las BOTICAS